

CARTAS PARA MEMORIA DE LA FE
QUEREMOS HOSPEDARNOS EN TU CASA
 6º DOMINGO DE PASCUA – Ciclo C 2019

Juan 14, 23-29

*Jesús dijo a sus discípulos: "El que me **ama guardará mi palabra**, mi Padre lo amará y mi Padre y yo vendremos a él y haremos **morada** en él. El que no me ama no guarda mi palabra; y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado".*

"Os he dicho estas cosas estando con vosotros; pero el defensor, el Espíritu Santo, el que el Padre enviará en mi nombre, él os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho".

*"La paz os dejo, **mi paz** os doy; no os la doy como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde.*

Ya sabéis lo que os he dicho: Me voy, pero volveré a estar con vosotros. Si me amáis, os alegraréis de que me vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo.

Os lo he dicho ahora, antes que suceda, para que cuando suceda, creáis.

Amigos, amigas:

Queremos comprender un poco más este texto de San Juan. Tener casa, hogar, ¿qué significa eso? Significa tener un espacio de **intimidad** al que retirarte y descansar, un lugar en el que estar a tus anchas, sentirte bien, encontrarte **contigo mismo**. Y también un espacio donde reencontrarte **con los tuyos** y comunicarse con ellos. Pero hay un lugar más adentro, el lugar sólo en el cual hay un encuentro del todo humano. Llamémoslo convencionalmente el **corazón**, tu espacio más íntimo, al que no hay acceso por la fuerza ni la costumbre, al que sólo tiene acceso el amigo. El amigo, al que no escondemos nada. Jesús, el Maestro, en la víspera de su muerte, se dirige a los suyos con estas palabras: *Os llamo amigos* (Juan 15, 15).

* * *

Jesús promete en su discurso de despedida, antes del Viernes de la Pasión, que Él y el Padre quieren hospedarse en tu casa, como Jesús le decía en una ocasión a un tal Zaqueo: *Hoy voy a **hospedarme** en tu casa* (Lc 19, 5).

En tu casa... ¿A qué lugar o casa se refiere Jesús? Fíjate primero en cuál es la condición que pone él para que se cumpla lo que dice de venir a hospedarse en **tu casa**. La condición es ésta: que haya disposición por parte tuya de preparar lugar, de **hacer sitio** a dos Ilustres Huéspedes, Él y el Padre, inseparables uno del otro: *El Padre y Yo somos una misma cosa*. Y esa disposición es una forma a la vez concreta y sublime de amor. Porque **amar** ¿qué es, sino hacer sitio al otro en tu propia **casa**, en tu **corazón**? San Pablo, dirigiéndose por carta a los cristianos de Corinto, les dice: *Abrimos nuestro corazón de par en par y se dilata de amor por vosotros. **Hay mucho sitio en***

él para vosotros (II Cor 6, 11-12). Amor hospitalario.

La guarda de la Palabra

Hay una hospitalidad, un amor, una amistad honda, que Jesús define una y otra vez en su discurso y testamento como **guardar** su palabra. Es decir, amas si practicas esa peculiar **hospitalidad** que es la **escucha**.

En una secuencia del capítulo 8 del Evangelio de *Juan* Jesús se dirige también a **nosotros**: *Si permanecéis en mi **palabra**, seréis de veras discípulos míos, y conoceréis la **verdad**, y la verdad os hará **libres*** (8, 31). Es la parte que corresponde al interlocutor de Jesús, el que escucha. La palabra de Jesús es una **palabra dada**: *Os doy mi palabra*, dice (8, 34). Como cuando decimos “Te **doy** mi palabra”. El que dice eso, el que “da” su palabra, contrae un compromiso y en cierto modo pierde la posesión de su palabra; y aquél a quien **dio** su palabra se convierte en dueño de ella, y en cierto modo de él. Su palabra va **con él**.

No es, por tanto, una simple instrucción que el instruido se limita a poner en práctica. Es una **promesa**.

Pero el que escucha esa palabra dada, convertido en dueño de la palabra y del dador de la palabra, siempre podrá ser reclamado por el dador a que cumpla su parte. Digo que el que escucha la palabra ha de guardarla y mantenerse en ella: primero en una asimilación de la palabra y a la vez, en el proceso de vivirla. Dice una sentencia literaria (no del Evangelio): “Lo que has heredado, adquiérela, para que sea **tuyo**”. Ese primer adueñarse de la palabra por parte del receptor fue puro regalo, algo **recibido**: *Os doy mi palabra*. Ahora ha de **adquirirlo** para que sea de verdad suyo al convertirlo en **vida propia consentida**. Se requiere, por tanto, una asimilación. El fruto de esa conversión es la **libertad**, y sólo en esa libertad se habrá cumplido el ciclo dialogal de la palabra.

Darle vueltas a la Palabra

¿Cómo **guardan** la palabra en el Evangelio los que la escuchan? Veamos el ejemplo de mayor rango, la reacción de María, la madre del Señor, ante la Palabra; en concreto ante una palabra algo críptica para ella (y también para nosotros): *¿No sabíais que tengo que estar en lo de mi Padre?* (Lc 2, 49). Jesús dijo esto a los doce años en su primera peregrinación al Templo de Jerusalén en compañía de sus padres; se distanció de ellos y estuvo reunido con maestros del Templo. Cuando los padres van en su busca y echan en cara a Jesús su comportamiento, Jesús responde con aquellas palabras: *¿No sabíais...?* Lucas se refiere al estupor de los padres, el ver que Jesús se justifica y lo hace con palabras que no entienden. De María dice en particular: *Y la madre conservaba* (“guardaba”) *todo en su corazón* (Lc 2, 51). Es la conservación **activa** del que se asombra y quiere comprender, y asimilar una verdad: la verdad de las palabras de Jesús y el hecho de quedarse

en el templo, y tal vez otras cosas que habrán pasado, puesto que Jesús dice *¿No sabíais...?* Esta reacción de María recuerda también la que tuvo ante el las palabras del Ángel en la Anunciación. Dice el evangelista que María *daba vueltas* a las palabras del ángel buscando el significado que tenían para ella (Lc 1, 29). María es una excelente maestra de la lectura del Evangelio: nos enseña a interrogarnos sobre la Palabra, implicándonos en la pregunta. ¿Qué quiere de mí esta página? ¿Cómo busco en ella? ¿Qué me dice?

NOTAS AL MARGEN

Doble función de la Palabra. Doble porque la palabra es en primer lugar un instrumento de comunicación y de **comuni6n** entre dos, el que habla y el que escucha. Eso se cumple ya en el hecho de hablar, independientemente de **lo que se diga**.

Jesús es también un receptor de la Palabra, y su mensaje viene del Padre – lo dice una y otra vez: *La palabra que estáis oyendo, no es mía, sino del Padre*, Juan 14, 23 -, y su vida es la plasmación de la Palabra, hasta su muerte, que es la palabra de la consumación.

* * *

El amor, la palabra y la hospitalidad. En el Evangelio están unidos la palabra y el amor como si fueran la misma cosa: *Si alguien me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él* (Jn 14, 23). Y su efecto es una cohabitación entre los que se aman.

En el Apocalipsis leemos estas palabras que llaman a la hospitalidad: *Mira que estoy a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré a su casa y comeré con él, y él conmigo* (3, 20).

Dios está empeñado en que el hombre sea morada suya, pero sólo si el hombre consiente en serlo. No quiere un edificio, renuncia al cielo (queda para los gorriones, y los poetas...), incluso al universo. Tampoco está interesado en joyas y regalos. Quiere tener morada en el hombre.

Bernardo Beny

CITAS Y LECTURAS MEDITATIVAS

Leer sirve de poco. Sólo sirve el meditar

Mi paz. Una paz no de este mundo

Cuando una persona se encuentra con otra - cuando se encuentra por primera vez, antes que la prudencia y la costumbre hayan establecido un *modus vivendi* - ¿cuál es el primer sentimiento que tiene la una frente a la otra? ... El "otro" es el extraño, el enemigo, el malo. Es una expresión originaria, que surge del corazón confuso: y todo cuanto llamamos civilización, moralidad, cultura, es el intento incesante de hacer perder su fuerza a ese modo de expresarse.

Un amigo me contó que preguntó en la escuela a los niños: "¿Qué está el hombre más dispuesto a creer de otra persona: lo bueno o lo malo?" Como una sola voz respondieron: "¡Lo malo!" Era el grito primitivo saliendo de debajo de toda cultura. Así ocurre con las personas, y sólo hace falta una ocasión que haga verdaderas esas palabras: la chispa se despliega en llamas, y ahí está la enemistad.

Así, es un camino hacia la paz el hecho de que alguien, que sea capaz de ello, nos enderece el sentimiento respecto a "los otros"...

Pero las palabras de Jesús van mucho más allá, van absolutamente más allá, y dicen: Toma conciencia de que el otro es también "yo", también centro del mundo, y concédele libertad en tu sentimiento, en tus ojos, en tu conducta, para que pueda emerger: ve en él al "hermano".

Pero si se resiste a ello el apego a sí mismo, el Señor dice: Yo te ayudo. En efecto, él ha proclamado la misteriosa verdad de que todo lo que hagamos a los demás, se lo hacemos a Él mismo: tan exactamente, que Él nos juzgará conforme a ello (Mt, 25, 35 s.). Así pues, El mismo se compenetra con toda relación que se establezca entre los hombres, y de ese modo, ante cada cual, da el carácter a su "otro". El ha transformado ese modo natural de decir... "El otro es el enemigo", y ha dicho: "El otro soy YO"... Esa es su paz, la paz que da Cristo...

¿Y en cada hombre, individualmente? ¿De veras tiene buenas intenciones consigo mismo? ...

El hombre no está en paz consigo mismo. Sus tendencias están en honda contradicción con el verdadero despliegue de su propio ser. Más aún, están unas contra otras. Lo que quiere desde un punto de vista, ejemplo, el del trabajo, queda anulado por lo que quiere en él la pereza. ¿Y qué ocurre con la misma tendencia a la muerte, de que hablan los psicólogos; el impulso a destruirse a uno mismo que, con más frecuencia de lo que se sabe públicamente lleva de hecho al suicidio, pero que también en cualquier otro momento, en todos, da lugar a desgracias? ¿Qué ocurre con el fraccionamiento de la personalidad de que habla la misma psicología, que atraviesa muchos grados diversos hasta que en la misma persona hay un Yo como un extraño junto a un Yo?

Pero Cristo es el Redentor, que también nos redime del enredo en nuestro propio Yo. Él nos conoce más hondamente que nosotros mismos: tiene mejores intenciones con nosotros mismos que las que tenemos nosotros. Vive en nosotros, y su sagrada voluntad. Su poder creador, colaboran con nuestro Yo bueno para la salvación, para la unión y para la paz...

Hemos de rogarle que nos la conserve. Pero, a la vez, hemos de esforzarnos por la paz mutua. Hay una honda correspondencia entre el modo de relacionarse una persona con las demás, y el modo de relacionarse consigo misma.

Romano Guardini, *Meditaciones*

